

A. M. MORGEN

Los

INVENTORES

y la
ISLA PERDIDA



Los
INVENTORES
y la
ISLA PERDIDA



A. M. MORGEN

Los
INVENTORES
y la
ISLA PERDIDA

Traducción de Jaime Valero

ANAYA

Título original: *The Inventors and the Lost Island*

1.ª edición: mayo de 2019

© Glasstown Entertainment, 2019

© De la cubierta: Hachette Book Group, Inc., 2019

Esta edición se ha publicado por acuerdo con
Little, Brown and Company, New York, New York, EE. UU.
Todos los derechos reservados.

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2019

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2019

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta: Iacopo Bruno (Karina Granda)

ISBN: 978-84-698-4853-1

Depósito legal: M-11926-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para C. M. y W. M.,
mis sobrinos favoritos



Capítulo uno

Nunca te fíes de una casa que no tiene puerta principal. Eso era lo que George, el tercer lord de Devonshire, estaba pensando mientras salía por la puerta trasera de su casa, ubicada en el número 8 de Dorset Square. A su alrededor, el sol de media tarde se proyectaba a través de los árboles y hacía que los cristales de las ventanas de la casa sin puerta del número 10 centellearan con una luz dorada. Sus anteriores vecinas, las hermanas Mallard, se mudaron repentinamente la semana anterior, tras recibir una generosa oferta de un comprador anónimo. La mansión fue demolida antes de que las hermanas hubieran terminado de cargar su equipaje en el carro. En su lugar se alzaban ya los muros de ladrillo de una casa nueva.

Una casa nueva que carecía por completo de puerta principal.

George inspiró hondo. El aire era limpio y fresco. Unos gráciles estorninos surcaron el cielo antes de posarse sobre los árboles para dar la bienvenida a la noche. Pero la casa del número 10 resaltaba como una mancha antiestética en aquel vecindario que por lo demás era perfecto.

George, que había sido el niño más desafortunado de todo Londres, sabía que no conviene ignorar las rarezas, porque pueden resultar peligrosas. Incluso su vecina Ada Byron, que era un genio y su nueva mejor amiga, estaba de acuerdo en que una casa tan extraña significaba problemas, aunque tenían teorías opuestas al respecto.

George estaba convencido de que el propietario de la casa del número 10 era un productor de trufas rival que iba a por él, o, más concretamente, a por su negocio de trufas. El desván del número 8, plagado de humedades, había resultado ser el entorno perfecto para cultivar esos valiosos hongos, así que parecía razonable que los nuevos propietarios de la casa del número 10 fueran recolectores de trufas que esperaban reproducir el singular hábitat del desván de George construyendo un invernadero para replicar las preciadas trufas de George. Un invernadero no necesita tener puerta principal.

La hipótesis de Ada, sin embargo, asustó más a George que la posibilidad de enfrentarse a unos ladrones de trufas. Según su teoría, el propietario de la casa pertenecía a la Sociedad de Don Nadies, la organización criminal que había robado los inventos de Ada y los había perseguido a través de Europa, siguiendo la pista del mapa del tesoro de George. Ada sospechaba que la casa del número 10 sí tenía puerta principal, pero que estaba oculta por unos complejos mecanismos diseñados para disuadir a los intrusos.

Ese era el motivo por el que George estaba preparando una trampa en su casa, dirigida al propietario del número 10. Por su parte, Ada estaba preparando su propia trampa diseñada para la ocasión en la casa de enfrente, la del número 5. ¿Cómo si no sabrían quién tenía razón?

Silbando con disimulo, George sacó una escalera del cobertizo del jardín y se la echó al hombro. La sostuvo con cuidado para evitar el pegajoso pegamento de percebe que le había pedido prestado a Ada para embadurnar los peldaños la noche anterior. A plena vista y frente al número 10, George apoyó la escalera sobre el muro lateral de su casa como si fuera a hacer algunas reparaciones. Para tentar todavía más a unos posibles ladrones de trufas, comenzó a hablar en voz alta con doña Daly —la rata que su sirviente Frobisher tenía como mascota y que residía entre los muros del número 8— de la increíble cosecha de trufas que estaba a punto de recoger. Los ladrones que acechaban en el interior del número 10 no podrían resistirse a subir por la escalera para colarse en el desván, pensó George, convencido.

Se quedó perplejo cuando doña Daly respondió con un hilo de voz:

—Hmnhoo, Oorge.

George se dio cuenta entonces de que lo que había oído no era la voz de la rata. Era la voz de Ada, que resonaba a través de la puerta principal desde el tubo parlanchín que había instalado recientemente y que conectaba ambas casas. George entró corriendo para acercarse a la boquilla de porcelana con forma de trompetilla que asomaba de la pared, junto a la puerta principal.

—¿Hola? Ada, ¿eres tú?

—¿Has terminado de preparar tu trampa? —La voz de su amiga sonaba hueca y enlatada.

George sonrió.

—Sí. Ven a casa y te demostraré que te equivocas.

—No estés tan seguro. Yo siempre tengo razón —repliqué ella.

El tubo parlanchín se quedó en silencio. Un escalofrío recorrió el espinazo de George. Si Ada tenía razón, un enemigo formidable estaría acechando al otro lado de las ventanas del número 10.

La Sociedad de Don Nadies era una banda de ladrones desalmados a la que Ada se refería antaño como la Organización. Habían empleado descubrimientos científicos robados para fabricar armas con las que poder partir un barco pirata por la mitad y máquinas capaces de volar o de navegar bajo la superficie del agua. George y Ada, junto con sus amigos Oscar y Ruthie, habían sobrevivido por los pelos a su último encontronazo con ellos. Si la Sociedad estaba en la casa de al lado, entonces... En fin, George no podía ni imaginarse lo que eso supondría para su seguridad.

Alguien le dio unos golpecitos en el hombro y el muchacho pegó un grito.

—Lo siento —dijo el mensajero que había entrado por la puerta principal mientras George estaba de espaldas—. No pretendía interrumpir su... conversación con la pared. He venido a recoger el...

—¿El envío especial para el rey? —exclamó George con júbilo, como si no le acabaran de sorprender hablando con una pared. A esas alturas, ya sabía que no vale la pena tratar de explicar los inventos de Ada a los desconocidos. Solo servía para desconcertarlos aún más—. Sí, lo tengo aquí mismo. Un momento.

Subió corriendo el desván y regresó con una caja de madera lisa y pulida. Las palabras que tenía grabadas en la tapa, TRUFAS DEVONSHIRE, titilaron bajo la luz del ocaso.

—Por favor, asegúrese de que este paquete llegue sin contratiempos al castillo de Windsor.

—Por supuesto, señor —respondió el mensajero con los ojos como platos, ya fuera porque le impresionaba esa casa tan bonita o porque estaba intentando contener las náuseas a causa del hedor de las trufas.

Para algunas personas, las trufas tenían un olor celestial. Para otras, apestaban. El mensajero le hizo una reverencia, después guardó esa caja tan elegante y su oloroso contenido en su bolso de piel.

George se fue a la biblioteca para anotar el nuevo envío para la casa real. Alzó la punta de su pluma para registrar el pedido del rey en su libro de cuentas...

Y de inmediato le interrumpió un estrépito estremeecedor que sacudió las paredes de su casa. El tintero de George traqueteó sobre el escritorio. La gigantesca rana mecánica de Ada provocaba un alboroto tremendo cada vez que aterrizaba sobre el tejado. Segundos después, las pisadas de su amiga resonaron por las escaleras, seguidas por el sonido de su voz aflautada que resonó por el vestíbulo:

—¿George?

—¡En la biblioteca! —exclamó él.

Ada apareció en el umbral y se quedó quieta, sonriendo. George oyó el traqueteo de varios huevos cocidos al chocar entre sí dentro de los bolsillos del vestido amarillo de su amiga, que en vez de saludar, dijo:

—¿Has comprado un reloj nuevo, lord Devonshire?

George frunció el ceño.

—Aún no. Hace falta tiempo para volver a amueblar una casa.

Ada ahuecó una mano junto a su oreja.

—Qué raro. Juraría que he oído un reloj mientras bajaba por las escaleras. El reloj que marca la hora de que reconocas tu error.

—Ja, ja. Que graciosa. Eres tú la que está a punto de descubrir que se equivocaba —dijo George, muy seguro de sí mismo—. No obstante, no he podido evitar fijarme en que aún no has terminado tu trampa.

Ada ladeó la cabeza, entre sus carrillos se extendió una sonrisita. Un rizo suelto se desplegó sobre su rostro.

—Mi trampa lleva horas preparada.

George frunció el ceño con desconcierto. Descorrió la cortina para ver la casa de Ada desde la ventana.

—No veo nada inusual, salvo que tu criada sigue sentada en las escaleras de la entrada.

Ada se rio.

—Esa no es la criada. ¡Es la trampa! ¿Recuerdas el autómata que me regalaste?

—¡Por supuesto! Lo compré en el taller de Jaquet-Droz en Ginebra.

George se había topado por primera vez con ese autómata que tocaba el órgano mientras buscaban la Estrella de la Victoria en Ginebra. Recordaba a una mujer humana, pero al igual que todo lo que se vendía en el taller favorito de su abuelo, era una pieza de relojería fabricada a partir de mecanismos y engranajes. Con el dinero de las trufas, le había regalado esa máquina a Ada por su cumpleaños.

—La llamaste Hipólita, ¿no? ¿O era Cleopatra?

—Ninguna de las dos. La llamé Hipatia en honor a mi matemática favorita. Pero ahora la llamo Patty. ¿No la reconoces? —añadió, señalando con la cabeza hacia la ventana.

—¡Es ella!

George achicó los ojos y contempló con cara de sorpresa la figura que estaba sentada delante de la casa del número 5, tan inmóvil como una estatua. Su rostro era de porcelana blanca y estaba rodeado por una mata de rizos rubios. La primera vez que George se fijó en ese autómatas fue gracias al peculiar colgante con forma de mariposa que llevaba, que era idéntico a un dibujo que había en el mapa de su abuelo. Aunque no podía verlo desde tan lejos, el muchacho visualizó mentalmente sus alas plateadas. Era otra pista misteriosa que seguramente no lograría descifrar jamás. ¿Su abuelo habría copiado el diseño a propósito? Al primer lord de Devonshire le encantaban los puzzles.

—Es el regalo más maravilloso que me han hecho en la vida —dijo Ada—. Es una máquina fabulosa. Sus brazos se controlan con los mecanismos que lleva en la espalda, así que puedo programarlos para que ejecuten cualquier secuencia de movimientos. Puede hacer todo tipo de cosas: reparaciones, conducción, puede que incluso cirugía en un futuro. Y será perfecta para manejar mi nuevo cañón de agua.

—¿Ella es tu trampa? —preguntó George.

Ada enarcó una ceja con entusiasmo.

—He hecho que parezca como si la hubieran entregado antes de tiempo, pero no hubiera nadie en casa para recoger el paquete. He programado su brazo para que ate con un lazo a cualquiera que se acerque a ella por los escalones.

—Es una idea muy astuta. Patty es un cebo excelente —dijo George, muy a su pesar.

Patty era la solución perfecta para atraer a la Sociedad. Quienes pasaran de largo no le prestarían mayor atención, pero a los miembros de la Sociedad de Don

Nadies les encantaban las máquinas sofisticadas. George se dio la vuelta hacia su amiga y añadió:

—Es una lástima que no vayas a tener ocasión de ver a Patty en acción, ya que el propietario del número 10 no forma parte de la Sociedad.

Ada resopló para mostrar su desacuerdo.

—Espero que tengas razón. De verdad que sí. Preferiría que no se tratara de la Sociedad, después lo que nos hicieron pasar en Venecia y de lo implacables que fueron con el mapa de tu abuelo. Pero si utilizaras la lógica, comprenderías que mi teoría tiene más sentido. La Sociedad quería el mapa de tu abuelo y no consiguieron salirse con la suya. Por tanto...

—Por tanto, no tienen motivos para seguir persiguiéndome —se apresuró a decir George—. Subamos al tejado a esperar. He preparado unos sándwiches y hay una cazuela de estofado en el fogón —añadió para cambiar de tema y abordar uno que no le provocara un nudo en el estómago. Pensar que Roy, el rufián pelirrojo de la Sociedad, pudiera estar viviendo en la casa de al lado después de intentar matarle era motivo suficiente para quitarle el apetito.

Mientras el muchacho cerraba el tintero y limpiaba la punta de su pluma, Ada deslizó las manos sobre los estantes vacíos de la biblioteca. El lateral de su mano quedó cubierto por una capa de polvo.

—¿Seguro que no puedo almacenar algunos de mis instrumentos aquí? Con todo lo que estoy preparando para C.H.I.S.M.E.S., tengo la habitación llena a reventar —dijo.

George se afanó en ordenar su escritorio.

—Esto es una biblioteca, no un almacén. Ya tengo el almacén repleto de trufas. No quiero más chismes en las

estanterías. Además, como guardemos más artilugios en la casa, el edificio se vendrá abajo y doña Daly invitará a todas sus amigas roedoras para que se vengan a vivir aquí, y Frobisher insistirá en que nos las quedemos. Puede que a Oscar le guste vivir en una casa de fieras, pero a mí no.

Una sombra atravesó el rostro de Ada al oír el nombre de Oscar. George también sintió una opresión en el pecho. A menudo se le olvidaba que sus amigos ya no vivían a escasos kilómetros de distancia, en la casa de fieras de los jardines del palacio de Kensington. Tiempo atrás, a George le parecía toda una aventura salir de su casa y cruzar la calle. Pero ahora que Oscar y Ruthie estaban surcando los siete mares con el padre del niño, el capitán Bibble, sus amigos parecían tan alejados de Dorset Square como las estrellas del cielo.

Ada se apartó del rostro un mechón de rizos castaños y al mismo tiempo se enjugó una lágrima con discreción.

—Me parece que eres un poco duro de oído. No he dicho «chismes». He dicho C.H.I.S.M.E.S., el Consejo Histórico de Ingeniería Sofisticada, Matemáticas y Estudios del Saber.

—¿El consejo de qué? —preguntó George. Sabía que la siguiente palabra no era «histriónico», pero no recordaba bien cuál era. Ada tenía razón: era un pelín duro de oído.

Su amiga suspiró y dijo:

—Se trata de una nueva reunión de científicos que se va a celebrar en Londres. Recibí una invitación para presentar un invento y someterlo a su valoración. Si me aceptan, al fin podré demostrarle a mi madre que mis inventos tienen valor. Ella cree que estoy perdiendo el tiempo fabricando juguetitos ridículos en vez de dedicar mi mente a metas científicas más elevadas.

Ada se sacó la invitación del bolsillo y la sostuvo ante las narices de George con una floritura. Estaba impresa sobre un papel de color crema y estampada con un sello de cera dorado en una esquina. Faltaban menos de dos meses para la fecha anunciada. La ubicación era Londres. La dirección concreta se revelaría a aquellos que aceptaran la invitación.

A George le pareció una invitación impresionante, sin duda, pero no tenía muy claro si la madre de Ada pensaría lo mismo. Pese a que los inventos de su amiga eran lo más maravilloso que George había visto en su vida, lady Byron le había prohibido a su hija fabricar más artilugios voladores después de que su pájaro mecánico se estrellara en el mar Adriático. Incluso insistió en que la rana, que había saltado de una casa a otra entre el número 5 y el 8 un millón de veces y sin causar problemas, debía llevar un arnés de seguridad y un mecanismo de frenado adicional. Si Ada necesitaba un espacio lejos de su madre para construir su invento para C.H.I.S.M.E.S., entonces el deber de George como amigo era ayudarla.

—Pues claro que hay sitios para que almacenes tus instrumentos aquí —dijo, sonriendo—. Pero antes, ¿te apetece cenar algo?

En la cocina, George colocó dos cuencos de estofado de trufa en una bandeja, junto a una pila muy bien ordenada de sándwiches de pepino. Frobisher solía preparar las comidas, pero el sirviente se había marchado para disfrutar de unas merecidas y necesarias vacaciones en un balneario de Viena. Tras pasar muchos años en el mar, bajo la identidad de un pirata llamado Jon el Jardinero, Frobisher desarrolló un terrible caso de «mal de tierra» cuando abandonó

la piratería, y necesitaba ayuda para volver a adaptarse a tierra firme. Cuando regresara del balneario, le estaría esperando una nueva identidad, para que la anterior como pirata desapareciera por completo. Por supuesto, Ada se había encargado de todos los tejemanejes legales.

Subieron con el estofado y los sándwiches por las estrechas escaleras que conducían al desván, apagando todas las luces por el camino. Después se encaramaron al tejado para esperar a su presa, a la sombra de la máquina saltarina de Ada. La parte inferior del artilugio recordaba vagamente a la de una rana gigante o un saltamontes del mismo tamaño, con dos largas patas flexionadas casi por la mitad mediante las articulaciones de las rodillas. Enrollados firmemente entre las patas, los dos inmensos muelles de la máquina estaban preparados para saltar sobre Dorset Square cuando los desplegaran, con todo calculado para aterrizar con precisión sobre la plataforma idéntica que se encontraba sobre el tejado de la casa de Ada, al otro lado de la calle. Aunque George insistía en que la Sociedad no se había mudado a la casa de al lado, cubrió la rana con una lona para que nadie la viera. Por si acaso.

La oscuridad se extendió sobre ellos como un manto. A medida que las estrellas comenzaron a brillar a través de los huecos dejados por las nubes que se habían congregado en el firmamento, George sintió una punzada de entusiasmo que conocía bien y una comezón en el estómago, fruto del miedo. Podría ocurrir algo de un momento a otro. Ada ajustó el telescopio que apuntaba hacia las escaleras de su casa y George sujetó la parte superior de su escalera pegajosa al canalón, pero por lo demás podría haber sido una noche como cualquier otra en compañía de

un amigo. Cenaron y se envolvieron en unos edredones para mantenerse calentitos mientras observaban sus trampas como los pescadores que aguardan a que su presa muerda el anzuelo.

Varios carruajes pasaron traqueteando, unos estorninos soñolientos gorjearon desde los árboles y varios gatos callejeros maullaron desde un callejón recóndito. Al poco rato, a George empezaron a pesarle los ojos. Su barbilla comenzó a descender hacia su pecho. El sonido del viento que soplaba entre las hojas sonaba como un arrullo. Con un poco de suerte, dormiría plácidamente toda la noche bajo las estrellas y por la mañana su escalera estaría vacía, y Patty seguiría en el porche delantero de Ada, sana y salva.

De repente, su amiga le zarandeó del brazo.

—¡Despierta! ¡Ya están allí!

George se despertó sobresaltado. Ada estaba contemplando la casa del número 5 con el ceño fruncido, con un brillo ardiente en los ojos, como el de las farolas de gas repartidas por Dorset Square.

—No son recolectores de trufas. Es la Sociedad. Uno de ellos tiene agarrada a Patty del brazo. Se dirige al número 10. Deprisa.

Un escalofrío de pavor sacudió el cuerpo de George como si fuera un terremoto. El muchacho miró de un lado a otro de Dorset Square. Patty estaba tendida de costado. La silueta oscura de un hombre corría entre los árboles, alejándose de la trampa de Ada. Pero era una silueta que parecía sacada de una pesadilla: corría sobre la hierba con unas piernas muy finas y tan altas como los postes de una valla. El brazo desencajado de Patty pendía tras él, como un gusano retorciéndose en un sedal.

Con diez largas zancadas, el hombre atravesó Dorset Square y desapareció por un lateral del número 10.

—¡Tras él! —exclamó Ada, que ya estaba bajando del tejado para acceder al desván.

George corrió tras ella y enseguida salieron al jardín, donde se pararon en seco, oteando en busca de cualquier indicio de aquella silueta oscura.

—¿Has visto lo alto que era? No calibré la fortaleza de Patty para tener en cuenta a alguien con una estatura tan colosal. El agarre de Patty es más fuerte que la articulación de su hombro. El brazo se seccionó junto con la cuerda cuando el tipo huyó corriendo. Ha debido de entrar en la casa —susurró Ada, jadeando, después echó a correr hacia el número 10.

George agarró de la falda a su amiga para contenerla.

—Espera. ¿No deberíamos ir a buscar algo con lo que defendernos?

—No hay tiempo. La Sociedad se ha mudado al vecindario. Podemos detenerlos de una vez por todas. Aquí y ahora. El brazo de Patty es la prueba que necesitamos para acusarlos de allanamiento de morada. —Se asomó desde el lateral de la casa—. No hay nadie a la vista. Voy para allá.

Ada se levantó las faldas y atravesó corriendo el embarrado sendero de tierra que separaba la casa de George de la del número 10. El muchacho conocía lo suficiente a su amiga como para saber que nada de lo que pudiera decirle la disuadiría de meterse en la boca del lobo.

Así que inspiró hondo y salió corriendo tras ella.



Capítulo dos

—¿Seguro que se fue por aquí?
—Ada le mandó callar, después se acercó sigilosamente a la casa del número 10. George la siguió de cerca. Las sombras que se extendían entre el número 8 y el 10 parecían estirarse para agarrarle de los pies.

—Eureka —susurró Ada tras registrar la zona durante unos segundos, señalando hacia una lámina de estaño corrugado que estaba clavada al lateral del edificio que apuntaba hacia la casa de George. La fina lámina se balanceaba ligeramente como un péndulo. Le hizo señas a su amigo para que la ayudara a moverla hacia un lado y a mantenerla abierta con un ladrillo suelto. Al hacerlo quedó al descubierto una abertura rectangular de un tamaño considerable, situada a cierta distancia del suelo. Aún no habían colocado ladrillos suficientes como para cerrarla por completo.

Al asomarse a la negrura del interior, George divisó un estrecho pasillo que se adentraba en la oscura casa. No había ni rastro del hombre que había huido con el brazo de Patty.

—No me había dado cuenta hasta ahora. Esa lámina metálica debía de estar bloqueando el único acceso hacia el

interior —murmuró George, intentando que no se le notara en la voz el miedo que sentía.

—Ayúdame a subir —dijo Ada.

Sus zapatos de suela lisa patinaron sobre la pared de ladrillo a medida que intentaba trepar hacia la abertura. George le ofreció su rodilla como punto de apoyo, y una vez que Ada estuvo dentro, impulsó a su amigo hacia arriba.

A George se le puso la piel de gallina en cuanto entró en la casa. Los muros que se alzaban a su alrededor estaban aún en proceso de ser enyesados. El suelo estaba cubierto de polvo. Con una punzada de pavor, George se dio cuenta de que su amiga y él estaban dejando huellas a su paso, pero el hombre alto no había dejado ninguna.

—¿Ves el brazo de Patty? Cojámoslo y vámonos de aquí...

—Aún no —replicó Ada.

Al final de un corto pasillo, los muros se separaban de repente para formar una estancia inmensa que era casi tan grande como toda la casa de George. La débil luz anaranjada de las farolas de la calle no alcanzaba los techos, que se alzaban casi hasta el tejado. Una estrecha balconada se extendía a lo largo de toda la habitación, por encima de sus cabezas, pero no había ninguna escalera para acceder a ella.

—¿Una habitación? ¿Qué clase de casa tiene una sola habitación? —se preguntó Ada en voz alta.

—Ni idea. Puede que sea un salón de baile. O una biblioteca. O las dos cosas.

Estremeciéndose, George tuvo la repentina sensación de que ya había estado allí. Esa estancia le resultaba familiar,

aunque no sabía por qué. Se detuvo. En el suelo estaban instalando unas losas cuadradas de mármol blanco, que relucían entre la penumbra como si estuvieran iluminadas desde dentro. Tenían un color parecido al mármol que había en el vestíbulo de la casa del número 8. No, mejor dicho, el color era idéntico: un tono llamado cuerno de unicornio. George se había pasado años puliendo las superficies de mármol de su casa, así que podría reconocerlo en cualquier parte.

Volvió a sentir un extraño cosquilleo en la piel mientras examinaba el resto de la habitación. Todas las paredes estaban cubiertas de estantes de madera pintados de blanco. La moldura decorativa tenía el mismo e intrincado diseño de hojas de roble talladas que había en las cornisas del vestíbulo de George.

—Ada...

—Ahí está el brazo de Patty. Ay, no, está roto. Me parece que tendré que reforzar sus articulaciones con unos pernos de hierro.

Ada corrió hacia una pila de cajas que estaban cubiertas por una sábana. Recogió el brazo de porcelana de Patty del lugar donde se encontraba, próximo a la base de las cajas. La cuerda estaba tirada encima del brazo, como una serpiente muerta. Frustrada, Ada pegó un pisotón en el suelo.

—Aquí no hay nadie. Creo que se ha escapado.

Por su parte, George se sintió atraído hacia unas estanterías situadas en el otro extremo de la habitación. Una hilera de cajones estrechos para albergar mapas coronaba una serie de estantes altos para guardar atlas. George no era un experto en estanterías, pero por su tamaño, sus di-

mensiones y su aspecto general, aquellas se parecían tanto a las de su propia biblioteca que tuvo que frotarse los ojos para confirmar que no estaba soñando. Parecía como si alguien hubiera diseñado esos estantes, en una casa totalmente distinta, para albergar la colección de libros de su abuelo.

George se fijó en una pequeña hendidura con forma de media luna próxima a la parte frontal del estante situado en mitad de la tercera fila empezando por la izquierda. Aunque su abuelo la había restaurado de arriba abajo, la casa del número 8 fue el hogar del primer lord de Devonshire durante su infancia, así que la había conservado tal y como su padre la diseñó en un primer momento. Y como al abuelo de George también le encantaban los puzzles, muchas habitaciones estaban repletas de compartimentos y escondites secretos para ocultar sus tesoros. Si George estaba equivocado con aquel estante, no pasaría nada. Pero si tenía razón...

Presionó un dedo sobre la hendidura. Una pequeña pieza de la moldura decorativa se desprendió de la parte frontal del estante para revelar un estrecho compartimento.

—¡Cáspita! —murmuró George, mientras retrocedía con el trozo de madera tallada en la mano.

Ada giró rápidamente la cabeza hacia él.

—¿Qué estás haciendo, George?

—Demostrar una teoría —respondió con el aliento entrecortado.

El muchacho presionó un lateral tallado de la moldura de madera sobre el siguiente estante más alto. Las piezas encajaban entre sí como una llave en una cerradura. Con

un sonoro chasquido, el panel trasero de la estantería se desplazó para dejar al descubierto otro compartimento secreto vacío, situado por encima del anterior.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Ada, boquiabierta.

—Esta estantería es idéntica a la que hay en mi casa —respondió George.

A su abuelo le encantaban los puzles con muchos pasos y sorpresas que se sucedían unos a otros como los eslabones de una cadena. La solución de un enigma era la clave para resolver el siguiente, y así sucesivamente. George echó un vistazo por la habitación, sin saber si debía sentirse complacido o espantado.

Ada avanzó rápidamente hacia él, después se detuvo de repente, en seco, en mitad de la estancia. Se puso en tensión, con los ojos como platos, fijos sobre un punto situado por detrás de su amigo, al otro lado del pasillo por el que habían entrado.

A George se le aceleró el corazón.

—¿Qué ocurre, Ada?

Su amiga le miró.

—Deberíamos irnos, George.

—Pero... —replicó el muchacho—. ¡Este lugar es idéntico a mi casa, Ada!

Ada enganchó el brazo de Patty al de George y tiró de él a través del oscuro pasillo, conduciéndolo hacia la entrada improvisada del lateral, mientras George insistía:

—¿Por qué no hay puerta principal? ¿Dónde está la cocina? ¿Dónde está la escalera que conduce al piso de arriba?

Pero de pronto se quedó callado. Al final del pasillo vio lo mismo que había visto Ada, a través de la abertura medio cubierta por el panel de estaño.

En el muro exterior de su casa, alguien había dibujado con tiza el contorno de una puerta.

—Pero...

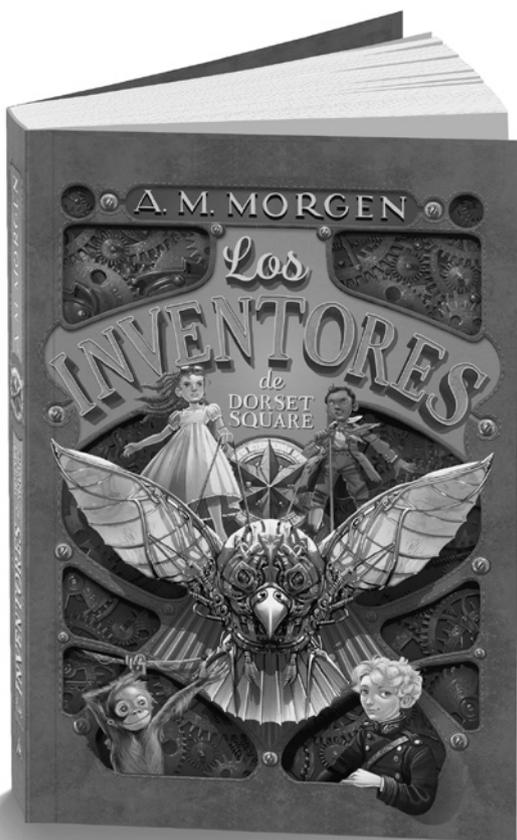
George volvió a frotarse los ojos. Había una X dibujada dentro del contorno de tiza del número 8. La marca apenas resultaba visible entre la oscuridad, pero no había duda de que estaba allí. Se alineaba a la perfección con la entrada temporal del número 10, que a su vez se alineaba con el pasillo, que coincidía a la perfección con el pasillo que se extendía por el interior de su propia casa, a escasos metros de distancia. Las casas del número 8 y el 10 estaban lo bastante cerca como para poder unir las con un tablón.

George visualizó en su mente el plano de la casa, con tanta precisión como si fuera la pieza que faltaba en un puzle.

Aquella casa tan extraña no necesitaba tener puerta principal, ni cocina, ni escalera, porque tendría todas esas cosas en cuanto estuviera conectada a la casa de George. La del número 10 no era una casa independiente.

Era un anexo a la del número 8.

¿Todavía no has leído
la primera parte?





Este libro se terminó de imprimir
en mayo de 2019, doscientos años después
del nacimiento de Victoria de Reino Unido,
quien se convertiría más adelante
en la reina Victoria.

Los inventores salen
al mar en esta divertida
secuela para aclarar el misterio
que envuelve a la familia
de George y salvar al mundo
de la maldad
de Don Nadie.



Tesoros despampanantes,
inventos espectaculares
y revelaciones inesperadas
en un emocionante viaje
a bordo de una ballena mecánica.

ISBN 978-84-698-4853-1



1578539

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com